



Rmo. P. PABLO ALBERA
Superior General de la Congregación Salesiana

† en Turín el 29 de Octubre de 1921

R. I. P.



Revmo. Señor D. Pablo Albera

Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana

y 2º sucesor del Vble. Don Bosco

† En Turín, 29 Octubre de 1921

Nuestro Venerado Rector Mayor, el Señor DON ALBERA, después de iniciado el 12º Año de su Rectorado Salesiano, ha sido llamado por Dios N. S. a recibir el premio de su largo y fecundo apostolado; y piadosamente creemos que como en *Valsalice* (Turín) han de colocarse sus restos mortales al lado de las Tumbas gloriosas del V. Don Bosco y de Don Rúa, así los tres primeros *Rectores Mayores* de la Pía Sociedad Salesiana han de estar ante el trono de MARIA, Auxiliadora de los Cristianos, inspiradora y patrona celestial de la Obra Salesiana, intercediendo los tres a favor de sus hijos Salesianos, Hermanas Auxiliadoras, Cooperadores y Cooperadoras, Ex-alumnos y Ex-alumnas, y las falanges de niños y niñas que pueblan los Colegios, Talleres y Oratorios de la Obra de Don Bosco.

Nos parece que el mundo entero se enluta con esta pérdida del grande educacionista católico, del 2º. Sucesor de Don Bosco; pero hay Naciones que han experimentado más de cerca y con mayor eficacia el influjo benéfico de ese corazón de Apóstol de nuestros tiempos. — Nuestro País ha sido de los más favorecidos por ser el primero de los de América y el segundo respecto a Italia (por esto llamado por el Venerable Don Bosco *segunda patria de los Salesianos*) donde con inmensa rapidez se ha propagado la Obra Salesiana y con sus especiales características de la formación del Obrero, de los Oratorios Festivos, y de una vasta y generosa cooperación.

Por tanto la República Argentina ha de tributar al Rmo. Señor Don Albera, como lo hizo con Don Bosco y con Don Rúa, un homenaje de gratitud superior a todas las demás Naciones y realizar en su honor alguna Obra que inmortalice su nombre para las generaciones venideras. — Con este fin damos a conocer a nuestros lectores los puntos más salientes de la actuación mundial de nuestro venerado Superior.

Fechas memorables de la Vida del Rmo. Don Albera

Don Pablo Albera nació, 76 años hace, en None, pequeño pueblo situado como a veinte kilómetros de Turín en la línea de Piñerol (Italia).

Niño aún, Pablo Albera ingresó en el Oratorio de Turín, precisamente el 8 de Octubre de 1858.

Don Bosco había estado en None donde el Prior o Párroco del pueblo, presentándole un niño de aspecto delicado, dulce y sereno, habíale dicho: “¡Llévalo contigo!”

El 27 de Octubre de 1861 Pablo Albera vistió el hábito clerical, recibéndolo de manos de su Prior, el Teólogo Abrate, en la misma iglesia parroquial donde había sido bautizado: — y al año siguiente — 14 de Mayo de 1862 — dió, entre los primeros, su nombre a la Pía Sociedad Salesiana.

Fundada la Pía Sociedad, Don Bosco creyó llegado el día de echar mano a la erección del Templo de María “Auxiliadora de los Cristianos”.

Con el propósito de levantar el nuevo Templo, cesaron las preocupaciones por la salud de Don Bosco, que parecía no poder llegar a los cincuenta años; y comenzó, cual muestra de la celestial protección de la Virgen Auxiliadora, la expansión de la Obra Salesiana.

En efecto, en ese mismo año 1863, parte un grupo de jóvenes Salesianos del Oratorio de Valdocco para fundar el primer Colegio en Mirabello Monferrato. Don Bosco confió la dirección a Don Rua, dándole por coadjutores varios clérigos (acólitos), aspirantes a la Pía Sociedad, que habían de dejar tan buena fama de sí, como Juan Bonetti, Domingo Belmonte, Francisco Cerruti y Pablo Albera.

Este último en los cinco años que en Mirabello dió clase a los cursos gimnasiales, llevó a feliz término sus estudios teológicos e hizo algo más. En Setiembre de 1865, contando apenas veinte años, presentábase a una Comisión extraordinaria para exámenes en la R. Universidad de Turín, y conseguía el diploma de profesor en Bellas Letras. — Entre tanto Don Bosco en sólo tres años, erigía y terminaba el Santuario de María Auxiliadora.

El Vble. Fundador necesitaba quien le sustituyese en la aceptación de los jóvenes en su Casa central del *Oratorio*: delicadísimo oficio que requiere mucho criterio y un gran corazón: y en los comienzos del nuevo año escolar encomendó esta importantísima misión a Don Albera.

En Octubre de 1871, Don Bosco le envió a abrir una nueva casa en Génova, en el barrio Marassi: el Señor, con la

cooperación de muchas personas caritativas, dispuso en tal forma los socorros para el nuevo instituto, que al año siguiente pudo ser transferido a San Pier d' Arena, instalándose en más amplia y cómoda sede, y así continuó año tras año adquiriendo nuevo desarrollo. — Era aquella la *fundación estratégica* para preparar al lado del Puerto de Génova la primera *estación* de ida y vuelta de los Misioneros Salesianos de América; y Don Albera debía despedir y alentar a tantos Hijos de Don Bosco dedicados a ese apostolado.

Pero el "Hospicio San Vicente de Paúl" de San Pier d' Arena habíase vuelto campo muy limitado para el futuro Sucesor de Don Bosco, y la Divina Providencia dispuso que después de haber celebrado por muchos años las glorias del gran Santo de la Caridad, fuera a contemplar los prodigios de caridad que los compatriotas de San Vicente de Paúl habrían renovado en el nombre de Don Bosco. Y he aquí que en Octubre de 1881, es enviado a Francia en calidad de Inspector de las Casas Salesianas de ese generoso país.

Hermoso rasgo providencial de esta época fué la bendición solemne del Vble. Don Bosco a una artística y devota Imagen de María Auxiliadora, destinada a la Casa Inspectorial de París, la que hoy está entre nosotros y se venera en el Templo-Homenaje de San Carlos.

Muerto el Vble. Fundador, en la elección del Concejo Superior realizada en 1892, hallándose vacante el puesto de Director Espiritual General, por muerte de Don Juan Bonetti, Don Albera fué llamado a llenarlo; y luego reelegido dos veces más, supo desempeñarlo al lado de Don Rua durante diez y ocho años con admirables frutos de bendición, de formación religiosa y de progreso espiritual de todos los Salesianos.

Visitó casi todas las Casas Salesianas de Europa: fué a Algeria, Túnez y Palestina; y en Agosto de 1900 emprendió la visita de las Casas Salesianas de América, visita que se prolongó hasta Abril de 1903.

He ahí algunas circunstancias que hacen más interesante para los Cooperadores Argentinos esa providencial visita del 2º sucesor del Vble. Don Bosco a nuestra Patria.

Al aproximarse el principio del nuevo siglo los tres Inspectores, de la Argentina, del Uruguay y del Brasil, enviaron una súplica al Sto. Padre León XIII para que aconsejara al Sr. Don Rua una visita a la América del Sur, donde la Obra de Don Bosco se había desarrollado admirablemente.

El Sto. Padre, aunque no quiso imponer al Superior Salesiano ese viaje, le remitió nuestra petición; y Don Rua determinó enviar un *alter ego* suyo, que fué el Rmo. Señor Don Albera.



RR. PP. que tomaron parte
en el Capítulo Americano
presidido por el Rmo.
P. PABLO ALBERA

En Noviembre de 1900 celebróse en Buenos Aires el 2º Congreso internacional de Cooperadores Salesianos, presidido por el mismo Señor Don Albera, que nos dejó del mismo una hermosa y completa descripción o relación.

A principios de Enero de 1901 el mismo Visitador General, en nombre del Rmo. Don Rua, convocó en Buenos Aires un *Capítulo Americano*, en el cual tomaron parte bajo su presidencia y dirección, además de los Ilmos. Mons. Cagliero y Mons. Costamagna, los Inspectores y Delegados de los países de la América del Sur.

Un precioso recuerdo queda en la Casa Central de Almagro de esta visita providencial, y es una artística y riquísima *Casulla*, que simboliza las características de la Congregación Salesiana (*qualis esse debet*), según el sueño profético que el Vble. Don Bosco narró a los suyos en 1881. Dicha *casulla*, dibujada por el Arq. Salesiano E. Vespignani y trabajada en la Dita Biragui de Génova fué enviada a Don Rua, quien la bendijo y la estrenó en la Misa de la noche del siglo XIX al XX en el Altar de María Auxiliadora de Valdocco; luego el Sr. Don Albera la usó en la Cripta de Almagro al terminar el Congreso de Cooperadores y el Capítulo Salesiano. Por tanto tan precioso recuerdo suele llamarse: "*La Casulla de Don Bosco, de Don Rua y de Don Albera*", figura de su sacerdocio santo y de su fecundo apostolado!

El más precioso y vivo *Recuerdo* que nos dejó el Sr. Don Albera en su visita a la Argentina fué la *Comisión permanente de Cooperadores Salesianos* y la *Comisión Auxiliar de Señoras Cooperadoras*, que se organizó en nombre del mismo D. Rua y con Reglamento expresamente por él aprobado.

La benemérita *Comisión de Señoras Cooperadoras* ha seguido por más de veinte años, antes bajo la Presidencia de la inolvidable Sra. ENRIQUETA ALAIS DE VIVOT y hoy bajo la de su digna sucesora Sra. ERNESTINA BULLRICH DE MOSQUERA, desarrollando un plan de caridad salesiana en todos los establecimientos salesianos de la Capital, Provincias y Territorios Nacionales (más de 80 instituciones) y en modo especial ha fomentado y ayudado las dos fundaciones benéficas que nacieron del mismo Congreso Salesiano de 1900, aconsejadas y bendecidas por DON ALBERA, el Colegio "León XIII" para los Huerfanitos de Don Bosco y la Escuela-Taller de María Auxiliadora en Maldonado (Belgrano).

Muerto Don Rua, la elección del nuevo Rector, recayó en Don Pablo Albera, como había predicho repetidas veces el Vble. Don Bosco. El 9 de Junio de 1918 Don Pablo Albera tuvo el sublime consuelo de poder celebrar, a diferencia de sus antecesores, su "Misa de Oro".



La Primera Comisión de Cooperadoras creada en Buenos Aires por el Rmo.
Señor DON PABLO ALBERA y por el Emo. CARDENAL CAGLIERO en
nombre del Señor DON RUA, Noviembre de 1900

El año pasado S. M. el Rey de Italia confería a Don Albera las insignias de Gran Oficial de la Orden de San Mauricio y Lázaro, en reconocimiento de los méritos del piadoso sacerdote que había pensado en el socorro de los huerfanitos y huerfanitas de guerra; y había creado quince asilos expresamente para ellos, a pesar de tan grandes pérdidas por los muertos y mutilados de la terrible conflagración europea.

En estos últimos tiempos, Don Albera aunque debilitado por la enfermedad, continuó dirigiendo, siempre sereno y bondadoso, las Casas Salesianas desparramadas por el mundo entero.

A él se deben ciento y ocho nuevas fundaciones de Asilos y Colegios Salesianos, durante su período de casi 12 años de Rectorado, y casi otras tantas fundaciones pudo contar el Instituto de María Auxiliadora (para niñas), del cual fué nombrado por el Sto. Padre Benedicto XV Visitador Apostólico.

A estos triunfos del 2º Sucesor de Don Bosco, puede añadirse un último consuelo y una gloriosa corona que formaron en derredor de este anciano Patriarca sus antiguos alumnos de Francia, que en días aciagos habían bebido con los salesianos el cáliz de la amargura, proporcionado por la persecución sectaria. El Señor Don Albera, en efecto, recorrió el año pasado (1920) casi toda la Francia; y con admiración y consuelo indecibles, encontró gran número de Oratorios Festivos, pensionados y casas de Don Bosco, donde se continuaba por los Ex-alumnos toda aquella caridad y se impartía la misma educación cristiana como en los años más florecientes bajo la dirección del antiguo Inspector enviado por el Vble. Don Bosco.

De esta manera viven y mueren los santos, bendiciendo, como los antiguos Patriarcas de la Biblia, a las numerosas generaciones que ellos han formado.

Fué padre afectuoso y solícito de todos sus hijos, organizador de temple de acero, experimentado director de las almas, insigne catequista, escritor y orador lleno de celestial unción, que poseía las características de San Francisco de Sales, bebidas en la escuela de sus dos grandes Predecesores.

De él puede decirse: "*Fué digno sucesor de Don Bosco y de Don Rua*".

Formación de Don Albera en la escuela del Vble. Don Bosco

El joven Pablo Albera tuvo gravísimas dificultades y luchas por parte de su celoso Párroco para que ingresara al Seminario abandonando al V. D. Bosco; y a causa de las mismas prevenciones, contra la Institución naciente tuvo que desplegar un valor heroico delante del mismo Arzobispo de Turín, que se rehusaba a ordenarle si permanecía con el Vble. cuya Obra se juzgaba entonces aún por eclesiásticos como empresa atrevida e imposible.

Léese en la Vida de Don Bosco, como explicación de una ilustración que trae el más antiguo retrato del V. Fundador, la siguiente nota: "En 1861, cuando se formó en el Oratorio una Comisión (secreta) encargada de recoger los hechos y dichos de Don Bosco, nació también el deseo de sacarle el retrato. Algunos discípulos trataron de dibujarlo al lápiz pero no resultó; y por otra parte Don Bosco se resistía a dejarse fotografiar. Si con sacarme el retrato, decía él, se consigue algún bien para las almas, entonces lo permitiría; pero no hay tal necesidad. — Sin embargo, después de todo, el 19 de marzo de ese año, únicamente para complacer a sus hijos espirituales, accedió. De aquella fotografía no tenemos ningún ejemplar.

Dos días después se consiguió que de nuevo permitiese retratarlo, entre un grupo de acólitos y niños, en ademán de confesarse... Llamó entonces al lado suyo al joven *Pablo Albera* (después su Sucesor) y le dijo: "Ven acá, arrodíllate, y acerca tu frente a la mía: de este modo quedaremos firmes!... — De esta fotografía queda una ampliación al lápiz ejecutada por Bartolomé Bellisio y de aquella se ha sacado el clisé, que adorna estas páginas.

Hace apenas un año (el 24 de Octubre de 1920) el mismo P. Albera en una admirable Circular que dirigió a todos los Salesianos trazaba otro *retrato* mucho más interesante, en el cual se ven y se admiran las íntimas relaciones que pasaban entre el espíritu del Maestro y del discípulo: es seguramente la mejor página que se haya escrito sobre el Vble. Don Bosco y creeríamos cometer una profanación si tentáramos traducirla...

Es una lección de pedagogía sobrenatural, divina; y todos los que hemos vivido algún tiempo con Don Bosco (por cierto sin conseguir aquella transformación espiritual) reconocemos que ése era el gran prodigio, que se realizaba constantemente al rededor de Don Bosco. He ahí lo que escribe Don Albera en su Circular:

Bisogna, o carissimi, che noi amiamo i giovani che la Provvidenza affida alle nostre cure, come li sapeva amare Don Bosco. Non vi dico che la cosa sia facile, ma é qui che stá tutto il segreto della vitalitá espansiva della nostra Congregazione. Bisogna dire però che Don Bosco ci prediligeva in un modo unico, tutto suo: se ne provava il fascino irresistibile, ma la lingua non trova i vocaboli per farlo capire a chi non l'ha provato sopra di sé, e neppure la piú fervida fantasia sa rappresentarlo con immagini atte a darne una giusta idea. Ancor adesso mi sembra di provare tutta la soavitá di questa sua predilezione verso di me giovinetto: mi sentivo come fatto prigioniero da una potenza affettiva che mi alimentava i pensieri, le parole e le azioni, ma non saprei descrivere meglio questo stato dell'animo mio, ch'era pure quello de' miei compagni d'allora... sentivo d'essere amato in un modo non mai provato prima, che non aveva nulla da fare neppur con l'amore vivissimo che mi portavano i miei indimenticabili genitori.

L'amore di Don Bosco per noi era qualche cosa di singolarmente superiore a qualunque altro affetto: ci avvolgeva tutti e interamente quasi in un'atmosfera di contentezza e di felicitá, da cui erano bandite pene, tristezze, malinconie: ci penetrava corpo e anima in modo tale, che noi non si pensava piú né all'uno né all'altra: si era sicuri che ci pensava il buon Padre, e questo pensiero ci rendeva perfettamente felici. Oh! era l'amore suo che attirava, conquistava e trasformava i nostri cuori! Quanto é detto a questo proposito nella sua biografia, é ben poca cosa a paragone della realtá. Tutto in lui aveva per noi una potente attrazione: il suo sguardo penetrante e talora piú efficace d'una predica; il semplice muover del capo; il sorriso che gli fioriva perenne sulle labbra, sempre nuovo e variatissimo, e pur sempre calmo; la flessione della bocca, come quando si vuol parlare senza pronunziar le parole; le parole stesse cadenzate in un modo piuttosto che in un altro; il portamento della persona e la sua andatura snella e spigliata: tutte queste cose operavano sui nostri cuori giovanili a mo' di una calamita a cui non era possibile sottrarsi; e anche se l'avessimo potuto, non l'avremmo fatto per tutto l'oro del mondo, tanto si era felici di questo suo singolarissimo ascendente sopra di noi, che in lui era la cosa piú naturale, senza studio né sforzo alcuno. E non poteva essere altrimenti, perché da ogni sua parola ed atto emanava la santitá dell'unione con Dio, che é caritá perfetta. Egli ci attirava a sé per la pienezza dell'amore soprannaturale che gli divampava in cuore, e che colle sue fiamme assorbiva, unificandole, le piccole scintille dello stesso amore, suscitate dalla mano di Dio nei nostri cuori. Eravamo suoi, perché in ciascuno di noi era la certezza di esser egli vera-



"El joven Pablo Albera en actitud de confesarse con Don Bosco (1861)

mente l'uomo di Dio, homo Dei, nel senso più espressivo e comprensivo della parola.

Da questa singolare attrazione scaturiva l'opera conquistatrice dei nostri cuori. L'attrattiva si può esercitare talvolta anche con semplici qualità naturali di mente e di cuore, di tratto e di portamento, le quali rendono simpatico chi le possiede; ma una simile attrattiva dopo un po' di tempo si affievolisce fino a scomparire affatto, se pure non lascia il posto a inesplicabili aversioni e contrasti. Non così ci attraeva Don Bosco: in lui i molteplici doni naturali erano resi soprannaturali dalla santità della sua vita, e in questa santità era tutto il segreto di quella sua attrazione che conquistava per sempre e trasformava i cuori.

Egli perciò, appena si era cattivati i nostri cuori, li plasmava come voleva col suo sistema (proprio interamente suo nel modo di praticarlo), che volle chiamare preventivo in opposizione al repressivo. Però questo sistema — com'egli stesso dichiarava negli ultimi anni di sua vita mortale — non era altro che la carità, cioè l'amor di Dio che si dilata ad abbracciare tutte le umane creature, specie le più giovani ed inesperte, per infondere in esse il santo timor di Dio. Oh! il nostro buon Padre è sempre andato avanti (e lo confessava con semplicità egli medesimo) come il Signore gl'ispirava e le circostanze esigevano, mosso unicamente dall'ardente sua brama di salvar anime e d'infonder nei cuori il santo timor di Dio! Tutta la sua pedagogia è ispirata dal Signore, ed è quindi la nostra eredità più preziosa. Ma essa, o carissimi, si assomma in due soli termini: la carità in noi (e notate che dicendo carità intendo amor di Dio e amor del prossimo portati alla perfezione voluta dalla nostra vocazione), e poi l'uso di tutti i mezzi — e sono senza numero — e di tutte le industrie sante delle quali è sempre feconda la carità per infondere nei cuori il santo timor di Dio. Meditate pur seriamente e analizzate più minutamente che potete questa Magna Charta della nostra Congregazione, che è il sistema preventivo, facendo appello alla ragione, alla religione e all'amorevolezza; ma in ultima analisi dovrete convenire meco che tutto si riduce ad infondere nei cuori il santo timor di Dio: infonderlo dico, cioè radicarlo in modo che vi resti sempre, anche in mezzo all'infuriar delle tempeste e bufere delle passioni e vicende umane".

En la Vida del Vble. Don Bosco (Tomo II, pág. 300.) se lee: "Habría que darse cuenta de las dificultades que se oponían a los primeros discípulos para hacerles abandonar a su Padre y Maestro. Son increíbles los contrastes y las luchas que tuvieron que vencer algunos acólitos y sacerdotes por haberse

inscrita en la Pía Sociedad Salesiana. — Don *Pablo Albera* fué uno de éstos. ¿Qué no hicieron su Párroco y su Obispo para que dejara a Don Bosco y saliera del Oratorio para inscribirse en el Clero Diocesano? (Verdad es que después ambos eclesiásticos, que eran de muy buen espíritu, reconocieron su error y acabaron con rendirse a la evidencia de los hechos...). Por otra parte la Obra de Dios, aun en sus comienzos, se desarrollaba tan pujante y atrevida, que a primera vista parecía temeraria!

“Un día, en una numerosa reunión de párrocos y otros sacerdotes, el Ordinario llamó a su presencia al joven clérigo Albera y estrechándolo afectuosamente contra su pecho y teniéndolo así abrazado por unos diez minutos, empezó a decirle: — He aquí aquél que no ama a su Obispo! ¿De qué manera os habéis como enloquecido por Don Bosco? ¿Por qué os obstináis en quereros quedar en la que vos llamáis *sociedad salesiana*? Estoy convencido de que a los diez años nadie ni se acordará que jamás haya existido! — Don Albera echó a llorar, trató de defender a Don Bosco, dando las razones de su afecto y gratitud hacia su director y maestro; pero se le mandó callar y retirarse. La lucha fué recia, pero la fidelidad del que sufría la violencia y resistía fué invencible, heroica; y Don Bosco no lo olvidó jamás.

“El 22 de noviembre de 1877, el Vble., estando sentado a la mesa con Mons. Ferré, Obispo de Casal-Monferrato, con algunos Superiores y Hermanos del Colegio de Borgo San Martino, recordaba las luchas que Don Albera había sostenido para ser fiel a su vocación. — Mons. Ferré preguntó a Don Bosco, si realmente aquel discípulo suyo había salido victorioso en tan rudo combate. A lo que contestó resueltamente Don Bosco: — *Don Albera no solamente ha vencido esas dificultades, sino que vencerá muchas otras, y SERA MI SEGUNDO...* y sin completar la frase en voz clara, llevando la mano a la frente, se quedó como absorto en contemplar una visión lejana; luego concluyó diciendo: — Oh! sí, Don Albera nos prestará muy grande ayuda!

“Hallábase presente a esta conversación un joven de unos 20 años de edad, quien después llegó a ser Sacerdote Salesiano y fué elegido Prefecto General de la Pía Sociedad, Don Felipe Rinaldi: éste, aun antes que el Señor llamase al Cielo al Sr. D. Rua, escribió fielmente el relato de cuanto había oído y lo entregó, sellado, al difunto Don Lemoyne (Secretario, archivista de la Congregación); y de esta manera se pudo dar lectura autorizada de ello, ante la asamblea o Capítulo General, el 16 de Agosto de 1910, cuando acababa de ser elegido Don Albera. *Segundo... Sucesor de Don Bosco!*”

El Jubileo Sacerdotal de Don Albera

El 8 Junio 1918 por la tarde se reunió en el salón de actos del Oratorio de Turín una imponente asamblea, para presentar los parabienes al P. Albera por su Jubileo Sacerdotal, providencialmente enlazado con el del Santuario. A pesar de la grandiosidad del acto, de la calidad de los que intervinieron y de las representaciones habidas, fué una verdadera fiesta de familia, una unión de corazones filiales alrededor de un padre muy amado.

“D. Pablo Albera — escribió *il Momento* — el seráfico alumno y compañero de Don Bosco, que en la larga misión cumplida al lado de su maestro y en la continuación de su obra después de él, tantas generaciones ha visto pasar por la Casa Madre de Valdocco, y tantos y tan valientes hermanos partir para ir a multiplicar en las regiones de Europa los institutos salesianos, tantos escuadrones de héroes saludar el bello cielo de Italia y surcar los mares para llevar a tierras lejanas, con la palabra de Dios, el nombre de Don Bosco y de María Auxiliadora... D. Albera tornó a ver ayer, como en el ensueño de un éxtasis, toda la epopeya de 50 años de vida y de actividad salesianas. La vió con la mente, mientras sus ojos se posaban sobre las filas de sus hermanos y alumnos que habían venido de aquellos lugares donde los horrores de la guerra no les han impedido viajar. Volvió a ver esa epopeya de sacrificios, de fatigas, de santas audacias, y su alma se complació; porque la multitud congregada era, en la imponentia de su número, en la calidad de sus personas, clara prueba de que tantas fatigas, tantos sacrificios, tantas audaces empresas no habían sido vanas, sino que habían fructificado para bien de la humanidad.

Estaban, en efecto, mezcladas en un solo ideal de amor y de gratitud, representadas todas las clases sociales, desde el humilde obrero que en la escuela de Don Bosco ha aprendido a considerarse rico aun cuando no haya logrado llegar a acumular grandes fortunas, porque goza del inapreciable dón de la buena conciencia; hasta el intelectual que ha logrado un “puesto” en las artes o en las letras y que, rico o no rico, reconoce que su fortuna moral está en las enseñanzas con que Don Bosco y sus hijos le han formado su patrimonio psíquico, el cual en la vida, vale más que cualquier tesoro...”

* * *

Ni Don Bosco ni Don Rua llegaron a celebrar su *Misa de Oro*.



Parte anterior de la casulla de «DON RUA y de DON
ALBERA» según el sueño del Vble. DON BOSCO

† TRABAJO

† TEMPLANZA

† CARIDAD

† FE

† ESPERANZA

En el cuello: PIA SOCIEDAD SALESIANA.

En el borde Practicad las pequeñas virtudes y os levantaréis un grande edificio de santidad.

Lo que no fué concedido ni a D. Bosco ni a D. Rua, lo ha sido a D. Albera. ¡Bendito sea Dios! Y su Jubileo sacerdotal coincidió, si no exactamente en día, sí en año con el de la Dedicación del Santuario de María Auxiliadora. ¡Lado sea Dios! ¿Quién mejor que D. Pablo Albera pudo elevar a la Celestial Señora el rendimiento de gracias que prorrum-pa del alma de la Pía Sociedad Salesiana al cumplirse los cincuenta años de su apertura al culto, cincuenta años de favores continuos, de mercedes, de milagros? ¿quién mejor que él, testimonio auténtico de todas las maravillas obradas por Ella, en favor de D. Bosco y de sus hijos?

Alboreó el día jubilar, con tan fervientes votos esperado. ¡Cincuenta años cabales desde la consagración del Santuario! ¡Cincuenta años de sacerdocio de nuestro amadísimo Superior! ¡Cincuenta años de gracias y bendiciones sin cuento!

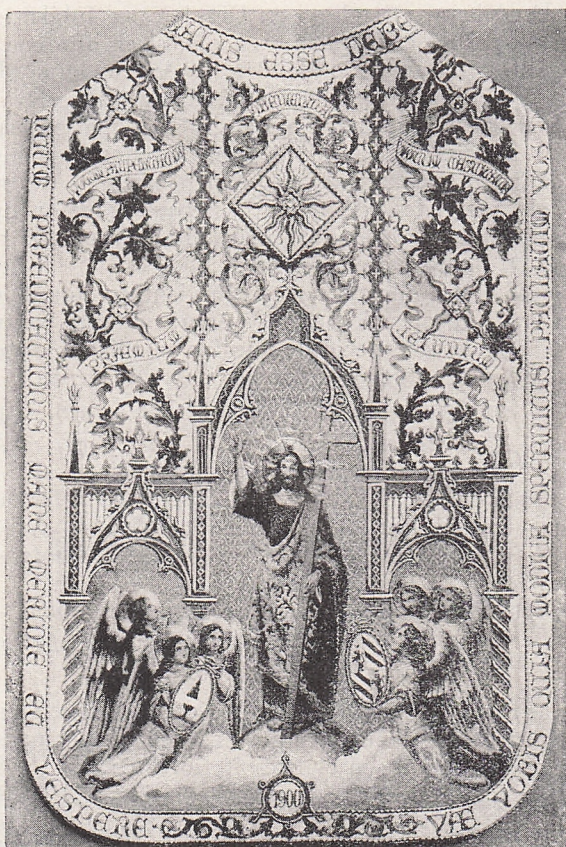
En el frontispicio de la Basílica se leía esta inscripción:

En el Altar de la Auxiliadora — en el cual cincuenta años hace — apenas consagrado este Santuario — D. Bosco celebraba con lágrimas de alegría — ofreced, oh fieles, himnos y plegarias — para que toda la viva conmoción del Padre Venerable — regocije la Misa de Oro — de D. Pablo Albera — Rector Mayor de los Salesianos.

En el doble Jubileo — alegren vuestras almas — las más preciosas gracias divinas — sonría la justa paz de los fuertes.

A las 10,30, cuando el templo, convertido en un mar de luz, estaba remecido de gente y las representaciones ocupaban sus puestos, entra en el Presbiterio el Rvmo. P. Albera, teniendo por diácono y subdiácono a los Rvmos. PP. Rinaldi y Barberis, Prefecto General y Director Espiritual General, respectivamente, de la Pía Sociedad Salesiana, y asistido por todo el Consejo y el Procurador General de la Sociedad, R. P. Dr. D. Dante Munerati.

Mientras el hijo predilecto de D. Bosco, sube al baldaquín, y asistido por los Sres. Canónigos Busca y Berrone, se reviste de los sagrados ornamentos, los demás Prelados van al Coro a hacer lo mismo y se colocan en semicírculo, con sus séquitos, al rededor del altar; tras ellos, los veinte Párrocos Representantes del Colegio de Párrocos, los Canónigos de las colegiadas del Corpus y la Trinidad; Mons. Antonini de Envie, Mons. Orsenigo de Vercelas, el abad Ottini, un párroco de los Canónigos Lateranenses, los Religiosos de S. Camilo, los Oblatos de Vigevano, los Padres de la Compañía de Jesús, los Dominicos, los Rosminianos, los Siervos de María, los Menores de S. Francisco, todos los Inspectores de las Casas



**Casulla de DON RUA y de DON ALBERA según el sueño
del V. DON BOSCO. 1881.**

† POBREZA

† CASTIDAD

† OBEDIENCIA

† PREMIO

† AYUNO

En el cuello: . . . CUAL DEBE SER

En los bordes: Tema de predicación para la mañana, mediodía y tarde. Ay de los que desprecian las cosas pequeñas: poco a poco caerán gravemente.

Salesianas de Italia, los Representantes de los Salesianos de España y un grupo de Cooperadores de varias naciones. En las tribunas estaban los Cónsules de la República Argentina, Sres. Raúl Pineyro y señora, y el Vicecónsul Sr. Ambruzzi; del Brasil, Sr. Borgna con su secretario Sr. Falletti; el de Colombia, Comendador D. Bonifacio Faillace y señora, representaciones del Consulado de España, de los Estados Unidos, de Chile, etc., el estudiante salesiano de Tanjore, Pablo Mariaselvan, representante de las Misiones Salesianas de la India, el Sr. Macciotta, Presidente de la Junta Diocesana, representantes de todas las secciones de la Acción Católica Italiana, a cuyo frente estaba el Sr. Ramello, Presidente General de la Unión Católica Obrera. Los huerfanitos de Monte Oliveto, estando ya todos los sitios ocupados, asisten ejemplarmente de pie a la ceremonia en medio de las representaciones.

Sobre el trono del altar campeaba el precioso Crucifijo que regalara la Reina Elena; la base de la mesa eucarística estaba adornada con el corazón de oro, exvoto del Ejército; sobre el altar brillaban las espléndidas cartas-glorias de la princesa Isabel.

El P. Albera, revestido con los preciosísimos ornamentos que le enviara Benedicto XV, con la asistencia pontifical de S. Emcia. el Cardenal Cagliero, principia su *Misa de Oro*, mientras el imponente coro de más de 300 voces, dirigido por Dogliani y acompañado al órgano sonoro por Pagella, entona las primeras notas.

“Pareció — dice *il Momento* — que una corriente eléctrica penetraba los músculos de la apiñadísima concurrencia; en el silencio profundo en que tantos espíritus se recogían parecía oírse las palpitaciones de miles de corazones unidos al de D. Albera. Este había asumido la actitud de un alma arrebatada en éxtasis. Era esa, para él, la misa de los recuerdos. Cincuenta años hacía, en ese mismo altar, a la misma hora D. Bosco celebraba la misa inaugural de la Basílica!... Toda la persona de D. Albera parecía agitada por un sacudimiento místico; semejava una sombra a punto de caer bajo el peso de la conmoción o de elevarse en un raptó celestial. La luz con reflejos de oro que llovía del altar a su alrededor, parecía un reflejo de la gloria de María Auxiliadora, una sonrisa de D. Bosco y de D. Rua, bajando como una bendición sobre su Sucesor. La tenue voz del P. Albera resonaba como el suspiro de un alma que pregusta las suavidades del cielo; sus ademanes, su mirada tenían una expresión especial cuando se volvía a pronunciar el saludo cristiano *Dominus vobiscum!* Ese ademán y esa mirada abrazaban toda la multitud congre-

gada en el Santuario... como una promesa de salvación en nombre de Dios, de María Auxiliadora y de D. Bosco.

“Y el alma de la multitud que comprendía la profundidad y la ternura de esa mirada; el alma de la multitud que al santuario había llevado un cúmulo de dolores invocando consuelo para tantas viudas, para tantos huérfanos, para tantos hijos y hermanos que sufren y mueren en los campos donde se pasea la guerra... el alma de la muchedumbre palpitaba con él, confundándose en su éxtasis, en el mismo sentimiento suave, elevando al cielo la misma plegaria... Y todos decían: “¡Oh María Auxiliadora, escucha nuestras preces; consérvanos por muchos años a D. Albera... Escucha su plegaria... concede... la paz al mundo!”

Con el P. Albera, con la multitud palpitaba de júbilo el Cardenal Cagliero. Su emoción dejóse ver al fin de la ceremonia, cuando con amplio movimiento y con temblorosa mano dió la Bendición Papal por especial encargo de Benedicto XV.

La muerte de Don Pablo Albera

Modelo de humildad

Hacia meses que la arterio-esclorosis atacaba el delicado organismo de nuestro Don Albera. Nosotros seguíamos de cerca con muda trepidación el curso fatal de la enfermedad; y visitando no raramente a aquel amable y magnánimo sacerdote encanecido, pálido y agotado, al inclinarnos para besar su mano delicada pero aun tan vigorosa, no osábamos hacer pronósticos sobre aquella venerable y prodigiosa existencia. El sucesor de Don Bosco y de Don Rua en la suprema dirección de la grande y cristiana organización salesiana, murió en paz en aquella ciudad santa que es Valdocco, entre sus hermanos, entre sus jóvenes estudiantes y artesanos. Hoy el pueblo entero de Turín seguirá tras de su féretro rezando y salmodiando.

Y este héroe de la caridad no era sino un pobre sacerdote. Nada de títulos honoríficos, nada de distinciones prelaticias.

La sencillez de su vida era igual a su grandeza: una grandeza que él, *salesianamente* ignoraba, que hasta negaba con la humildad de sus palabras y de su porte grave y digno, pero que inmediatamente se imponía a los hermanos, a los

discípulos, a los mismos extraños desde el momento en que aparecía entre nosotros. En el templo, en la escuela, en la puerta de un taller, en un patio lleno de gritos, de canto, y de niñez, entre la gente humilde y desgraciada, entre las mujeres del pueblo, a la puerta de su santuario, ante la púrpura y la ínfula episcopal, ante los príncipes de la sangre, los ministros del Rey y los poderosos de la tierra, Don Pablo Albera se imponía aún físicamente a pesar de mostrarse tembloroso y humildemente inclinado, y llegaba a ser dominador de todos. Y cuando hablaba, en especial modo en estos últimos tiempos ya atacado y dominado por la enfermedad, ocultando sus méritos, evocaba las figuras de sus padres y maestros, delineando las inmortales personas de Don Bosco y de Don Rua con tan amorosa y sana potencialidad que cuantos le oían quedaban encantados como si sobre ellos descendiera una música paradisiaca.

Le vimos por última vez pocos días hace en el umbral de la capilla donde mientras escribimos descansa bajo el cielo de la santa *Valdocco*, rodeado por sus hijos, postrados en oración. Era el momento de las exequias para Monseñor Marengo, el gran Obispo italiano que visitó la América Central, que fué diplomático y Catequista. Pálido y extenuado por el dolor, parecía no obstante haberse repuesto de la enfermedad que pocos días después debía llevarlo a la tumba. Y a los que filialmente le observábamos que era imprudente permanecer fuera por el frío Don Albera respondía: "Gracias, gracias, pero ahora estoy bastante bien; también yo quiero acompañar con tan buenos hermanos y amigos a nuestro querido Monseñor Marengo". Y acompañó con el rosario en la mano y rezando, el humilde féretro rodeado por sus hermanos entre dos alas le pueblo y una selva de banderas.

Ahora que partió a gozar del premio eterno, adivinamos que en el alma de aquel santo enfermo palpitaba el religioso y profético propósito de familiarizarse siempre más con la idea de la muerte, de recogerse en el círculo de pocos y elevados espíritus y abandonar abrazando la cruz, todas las pequeñas satisfacciones hasta las buenas, y aun a los amados hermanos de sus fatigas apostólicas, que le habían sido tan queridos cuando la vida era vigorosa y la voluntad fuerte y gallarda. Desde el pasado mes de María debía tener el presentimiento de su próxima partida para la Celeste Casa del Padre. No hablaba más del porvenir y cuando alguien lo invitaba a viajar aún, a visitar las Casas nuevas y antiguas en Italia y fuera de ella, este amable piamontés que había recorrido todo el mundo, que había rezado bajo todos los cielos, respondía: "No, no. ¿Creéis que aun pueda vagamundear?". — Este en-

firmizo y viejo mostraba en los ojos vivos y penetrantes casi severos por su plena virilidad, cierta sonrisa entre alegre y afligida que revelaba la perfecta tranquilidad de un espíritu siempre joven. Entonces no demostraba sus setenta y seis años cargados de trabajos, los setenta y seis años sin vacaciones y sin descanso. El, que habitualmente se levantaba a las cuatro y media de la mañana y se mantenía frugalmente con poquísimo alimento, hasta en el último día de su terreno destierro, quiso ser el primero en levantarse de su humilde cama en aquella gran casa aun silenciosa. Primero el padre y después los hijos. Pero antes de que los niños de Valdocco bajasen a la Capilla para las oraciones, su predilecto Señor Don Albera cerraba para siempre los ojos.

Y el alba serena ceñía ya de azul la cúpula del santuario, rodeaba ya las figuras del monumento erigido a la grandeza inmortal de Don Bosco... Don Albera ha muerto después de haber visto volver de la guerra uno después de otro a sus Sacerdotes, a sus clérigos, a sus hijos, que no habían sido llamados por Dios en sacrificio para la patria!

Los hombres de poca fe, que son los más numerosos, creían que la conflagración mundial daría un golpe mortal a muchas casas, a muchas instituciones salesianas; pero Don Albera nunca vaciló. Aquel humilde sacerdote, aun en los días de la más sangrienta y atroz guerra, aun en las horas de tristeza y de temor tenía para todos palabras de cristiana resignación y de patriótico entusiasmo.

Y no palabras tan sólo; también hechos.

El obraba el bien según lo demandaba la urgencia de la necesidad socorriendo prófugos, hospedando huérfanos de guerra, ayudando a las viudas y madres de los caídos. Mientras otros exaltaban con palabras o renegaban de la patria con el odio o la traición, el humilde sacerdote ya al término de su mortal carrera hallaba nuevas y prodigiosas energías para el bien, centuplicaba los actos de su bondad, y llamaba sobre su grandeza piadosa hasta la atención del gobierno que le manifestaba con una altísima condecoración la gratitud de la patria.

Millones de cristianos, millones de infieles del Africa, de América, de Asia y de Australia, hoy o dentro de pocos días rezarán por su Don Albera y los que no recen, pronunciarán su nombre como el de un consolador, de un civilizador, de un héroe de bondad y de caridad cristiana. Y pronunciarán su elogio sencillo y escultórico también en nuestra lengua, en la lengua de Dante, de San Francisco de Asís y de Don Bosco.

“Don Albera, — dijo un día el portentoso creador de la congregación Salesiana — Don Albera es *un hombre que*

hará milagros"! E hizo milagros salvando y engrandeciendo a su inmensa familia. Asistió antes de morir a la introducción de la causa de Beatificación del Vble. Fundador; vió a sus hermanos ascender a las alturas y ceñir la púrpura; saludó a sus ex-alumnos, esparcidos por todo el mundo tocando por las más altas cumbres, jefes de estado, jefes de Gobierno, ministros, diputados, sabios... y ha dado gracias a Dios, humilde y sereno; y nos habló del hecho maravilloso como una gracia del Cielo, con aquel vigor de pensamiento que infundía un suave atractivo a su lenguaje, con aquel espíritu analítico de preciso rigor lógico, sin adjetivos y sin ampulósidades oratorias.

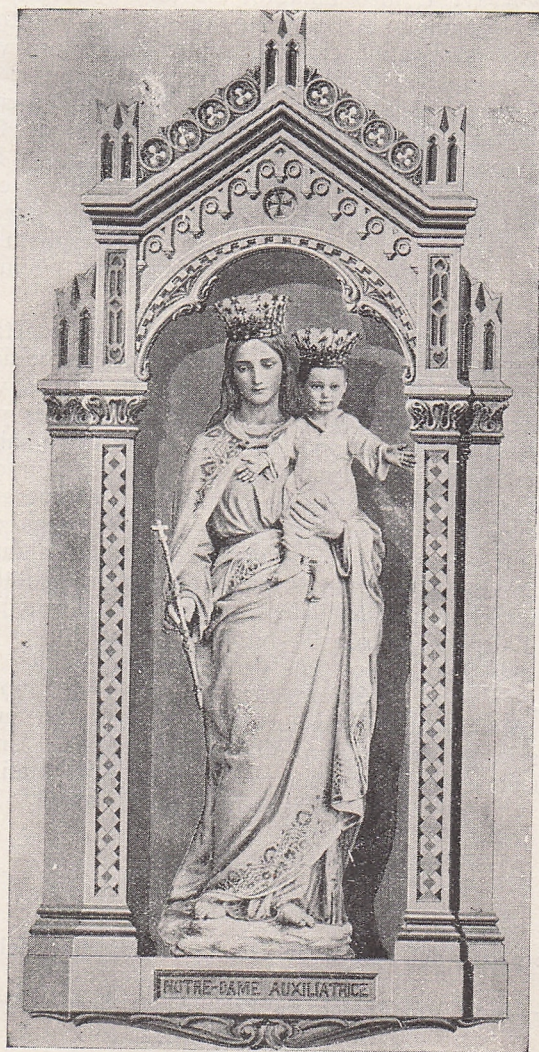
En su juventud, Don Albera parecía un asceta; severo y puro, no toleraba debilidades ni manchas. Infundía respeto y veneración. Con el andar de los años su pureza virginal y su experiencia tornábanse cada vez más atrayentes y afectuosas. En estos últimos tiempos su serena bondad se había vuelto más sensible, casi materna. Sonreía a todos, aun cuando el consuelo le llenaba los ojos de lágrimas; y entonces bendecía agitando los brazos como para estrechar a todos contra su pecho. Antes de ayer había gozado escuchando algunos clérigos Argentinos y Uruguayos que le saludaban en italiano, que en italiano le agradecían haberlos llamado a Turín para estudiar en Valsálce junto a las tumbas de Don Bosco y de Don Rua (donde a los pocos días debía abrirse también su propia tumba!...) ¡Fué el último consuelo terreno! ¡Sublime consuelo!!! Mañana sus fidelísimos hijos depositarán también sus restos en la paz del sepulcro allá sobre la colina. El nombre de DON ALBERA está ya escrito en la historia de Italia y de la Iglesia; y su alma está ya en la paz del Paraíso!

La apoteosis del Siervo de Dios y bienhechor del pueblo

Los Funerales del Rmo. Señor Don Pablo Albera Superior General de la
Congregación Salesiana

Vamos a resumir brevemente, aunque convencidos de la dificultad de nuestro propósito, la relación que "*Il Momento*" diario de Turín, hace de los funerales del Rvmo. Padre Pablo Albera, Superior General de la Pía Sociedad Salesiana.

No fué una ceremonia fúnebre, no fué un cortejo de duelo, fué una apoteosis lo qua tuvo lugar en la ciudad del



La Virgen Auxiliadora bendecida por el V. Don Bosco y colocada por Don Albera en su Capilla de Menilmontant (París) y donada al Templo-Homenaje de S. Carlos de Buenos Aires por Don Rja 1904

Santísimo Sacramento, cuna de la Obra de Don Bosco. Y una apoteosis cristiana: la ciudad era un templo cubierto por la cúpula azul del firmamento; Turín aclamaba de rodillas al Héroe de la Caridad, al Sucesor de Don Bosco y de Don Rua!

Cincuenta mil personas de toda edad y condición entre las que ocupaban el primer lugar los pobres y los niños, marcharon tras del féretro del Venerado Padre, mientras otras cincuenta mil desde las aceras, desde los techos, bajo la bóveda de los templos asistían al grandioso espectáculo. Imposible nos parece dar en pocas palabras una idea de la imponente manifestación. La dolorosa noticia corrió como el relámpago, y al instante las naves de la Basílica de María Auxiliadora se vieron inundadas de pueblo que venía a contemplar de rodillas los sagrados despojos. Inmediatamente llovieron los telegramas de duelo; citaremos los de los Duques de Génova, de S. A. I. la Princesa Leticia Napoleón, de los Cardenales Maffi, Valfré, Nava, etc., del Ministro Micheli, y de otras autoridades del Reino y de la Ciudad.

A las 14 horas comienzan a llegar las representaciones, las Asociaciones Religiosas, las Sociedades; el patio parroquial, el gran patio del Oratorio, la Plaza de María Auxiliadora, se llenan de pueblo, y una hora después el cortejo fúnebre se pone en marcha; tanta era la multitud que para que todos pudieran desfilar hubo de modificarse el trayecto. Abren la marcha las huerfanitas de guerra, luego los niños y niñas de los demás Institutos Salesianos de la Ciudad; un interminable escuadrón de hijos del pueblo cubierto de una selva de banderas enlutadas; siguen después los distintos Centros de Ex-alumnos y las Asociaciones Religiosas, luego las Hijas de María Auxiliadora con sus Alumnas y Ex-alumnas. Finalmente, después de media hora de moverse el cortejo comienza a salir el Clero. *Ocho sacerdotes*, representando las naciones en que más floreciente se halla la Obra Salesiana: *Italia, República Argentina, España, Alemania, Brasil, Uruguay, Polonia y Eslovaquia*, transportan los restos al coche fúnebre.

Después del Clero desfilan los representantes de otras Naciones relacionadas con la Obra Salesiana, los Párrocos de la Ciudad, luego los Obispos, precediendo al fúnebre que marcha lentamente escoltado por piquetes de guardias regias y municipales y por los huérfanos de guerra; alrededor, sosteniendo los cordones, van las autoridades.

Detrás los Superiores Mayores de la Congregación, interminable fila de altos funcionarios y por último abriendo la marcha de una inmensa oleada de pueblo, la Juventud Católica.

A las 18 horas llegaba el fúnebre a las puertas de la Basílica de María Auxiliadora donde el venerable compañero de Don Albera, nuestro Emmo. CARDENAL JUAN CAGLIERO esperaba conmovido.

En el centro de la Iglesia, en medio del llanto de los hijos y de la admiración del pueblo de Turín, el Emmo. Púrpurado invocó sobre los restos del ilustre extinto la bendición del Todopoderoso.

Así terminó la ceremonia, religiosamente, sin discursos, sólo con plegarias. No había necesidad de hablar de Don Albera: las *cient mil personas* que concurrieron a los funerales y millones de otras esparcidos por todo el mundo, sabían ya muy bien quién era el humilde sacerdote que remontaba el vuelo hacia la eternidad!

Relato del Rmo. Don Albera al Rmo. Don Rua, sobre el Congreso de Cooperadores Salesianos

(Precioso documento y autorizado testimonio de la Cooperación Argentina
en favor de la Obra de Don Bosco)

Buenos Aires, Noviembre 24 de 1900.

Revmo. y Queridísimo Señor Don Rua:

Han terminado nuestras fiestas jubilares y el Congreso Salesiano y yo siento el deber de enviarle la relación, aunque no sea más que compendiosa de un acontecimiento, cuyas consecuencias serán a la vez muy gloriosas para Dios, muy provechosas para las almas y de mucho consuelo para V. P.

Fué por cierto una inspiración de Dios la de celebrar las bodas de plata de los Salesianos de América, no con fiestas clamorosas y estériles, sino con solemnes acciones de gracias al Señor por los beneficios que se dignó prodigarnos durante cinco lustros, y con reuniones que llamando al rededor de los hijos de Don Bosco, a muchas personas de buena voluntad se proponían estimularlas a cooperar eficazmente a la obra de su apostolado. Esta idea manifestada al Cardenal Rampolla mediante una cumplidísima carta de algunos Inspectores Salesianos, fué bendecida por S. S. León XIII, y provocó una hermosa contestación dirigida a V. P. con el objeto de exhortar a los Salesianos de América a llevar a cabo su proyecto. Vuestra Paternidad, por su parte, con algunas palabras dirigidas a Mons. Cagliero, dejaba comprender, que en su concepto produciría copiosísimos frutos. Esto bastó para que sus hijos de América pusieran mano a la obra, con tanto más aliento, cuando vieron que V. P. deplorando la imposibilidad de venir personalmente a

estas lejanas regiones, quiso enviar por lo menos a un representante suyo, a tomar parte en las fiestas.

Por consiguiente, sin la menor dilación, ya desde la segunda mitad de Setiembre se dió principio a los preparativos. A la verdad ya era algo tarde y a muchos parecía imposible efectuar un trabajo que en Bolonia apenas había podido cumplirse en cuatro meses. Mas, teniendo en cuenta la febril actividad de estas nuevas poblaciones, había tiempo para hacerlo todo y bien como lo probó el hecho. Se reunió un Comité compuesto de cuanto había de más escogido en la ciudad de Buenos Aires, y se expuso sin vacilación, la idea de convocar a Congreso los Cooperadores Salesianos con el fin de hacerles conocer de qué manera podrían ellos cooperar a las Obras Salesianas. Esta asamblea aunque muy escasa de número, presidida por Mons. Alberti, Obispo Auxiliar de La Plata, no tardó en comprender la importancia de la obra que se pensaba realizar, y sin perderse en vanas discusiones que la urgencia del tiempo no permitía, se mostró dispuesta a cooperar a la obra.

Preparóse, pues, un programa basado sobre el del memorable Congreso que se celebró en Bolonia en 1895; se determinaron los temas de los discursos y se buscaron desde luego oradores. Estos no podían ser escogidos con más acierto como lo demostró el éxito, y por la bondad de su corazón y la simpatía que profesan a los Salesianos, aceptaron todos desde luego el compromiso. El hecho de haber invitado también al Congreso algunos oradores de la vecina República del Uruguay y varios representantes de los Cooperadores del Brasil, de Chile y de Bolivia dió motivo a que nuestro Congreso se llamara internacional.

Se envió el programa a todos los Cooperadores y se recibieron de ellos numerosas adhesiones y hermosas palabras de aliento. Pareció también asegurada la intervención de casi todo el Episcopado, pues se resolvió abrir el Congreso inmediatamente después de la solemne función de la imposición del palio al nuevo Arzobispo de Buenos Aires, Mons. D. Mariano Antonio Espinosa. Entretanto el nuevo Arzobispo, por su parte no sólo bendijo el proyecto de reunir a Congreso los Cooperadores Salesianos, sino que quiso además que se considerase como un Homenaje que la Arquidiócesis ofrecía a Cristo Redentor al terminar el siglo XIX. También en Buenos Aires el concurso de las Señoras fué muy provechoso, habiéndose ellas encargado de buscar recursos para los gastos del Congreso.

A dar mayor esplendor a nuestras fiestas contribuyó también generosamente el Rvmo. Vicario Capitular y todo el Rdo. Capítulo metropolitano quienes permitieron de muy buen grado que las funciones religiosas se hicieran en la Catedral de Buenos Aires, recientemente restaurada y adornada con motivo de la imposición del palio. Esto facilitó a un gran número de Cooperadores la comodidad de unirse con nosotros para agradecer a Dios los beneficios de toda clase que se dignó concedernos durante los cinco lustros. Temíase grandemente que la nieve no permitiese a Mons. Costamagna la travesía de las Cordilleras; pero luego se recibió la consoladora noticia de que, acompañado por el P. Tomatis y por un buen número de Cooperadores, había superado toda dificultad, aunque, a la verdad, había expuesto su vida a un inminente peligro.

Mientras tanto acercábase el tiempo en que debía empezar el Congreso, y por tres días se reunieron las sesiones encargadas de estudiar las materias que debían tratarse. Era edificante el ver a varios buenos señores y celosos sacerdotes que, a pesar de sus graves ocupaciones, intervenían previamente en la sala del *Club Católico* para examinar las propuestas y formular las resoluciones. Formóse en aquellos días una junta directiva, destinada no sólo a dirigir los tra-

bajos del Congreso sino también a continuar velando por la ejecución de las resoluciones tomadas. Se espera que ella trabajará con empeño en la tarea de buscar nuevos Cooperadores y de promover eficazmente las obras que se propondrán a la actividad y caridad de los Cooperadores.

El 19 de Noviembre Mons. Espinosa celebró en la Catedral su primer Pontifical, en calidad de Arzobispo de Buenos Aires, para dar principio a nuestras fiestas. Nos propusimos el objeto de dar gracias a María Auxiliadora por la protección verdaderamente maternal que Ella prestó a los hijos de Don Bosco en América; el discurso pronunciado por Mons. Juan Nepomuceno Terrero, animó a todos los oyentes a recurrir a nuestra dulcísima Madre Celestial, y demostró la eficacia de esta devoción en la formación de los niños llamados por Dios al servicio de los altares. Cantaron la Misa los alumnos de Las Piedras, de Bernal y de San Carlos reunidos. No menos solemnes fueron los otros dos Pontificales en los cuales predicaron Monseñor Marcelino Benavente y Mons. Juan Cagliero. Este con una magnífica conferencia, dió a conocer el bien que hiciera Don Bosco a la Iglesia y a la Sociedad cultivando las vocaciones eclesiásticas y religiosas. Siento no poder extender más la presente con la relación de estas hermosísimas fiestas de acción de gracias que salieron espléndidas y en las que tomaron parte casi todos los Directores e Inspectores de América, acompañados por varios representantes de sus respectivas Casas. No puedo dejar de observar lo mucho que contribuyeron a esta solemnidad la banda instrumental de San Carlos, la del Oratorio Festivo de San Francisco de Sales, la de Montevideo, la del Rosario y de Viedma en la que figuraban algunos indiecitos. Las funciones religiosas terminarán con una numerosa peregrinación a Ntra. Sra. d. Luján que nos recordará el grandioso espectáculo que hemos visto en Bolonia al Santuario de Ntra. Sra. de San Lucas.

De las tres sesiones del Congreso que tuvieron lugar en la tarde de los días 19, 20 y 21 de Noviembre tendría muchas cosas interesantísimas que referirle, mas para no ser demasiado prolijo, me limitaré a mencionar sólo los hechos más culminantes.

Lo mismo que en Bolonia, se empezaron las sesiones cantando el himno del Congreso. Mientras tanto, entrados los Obispos en el espacioso salón del *Club Católico*, puesto galantemente a nuestra disposición, se rezaba la plegaria de costumbre y se anunciaban las adhesiones de los personajes más ilustres. Leyóse delante de todo el numeroso auditorio el telegrama enviado por el Cardenal Rampolla, notificando que el Sto. Padre bendecía de todo corazón a los Congregales y sus trabajos. Leyóse también entre los aplausos más entusiastas, el despacho que V. R. tuvo la bondad de remitir a nuestro querido P. Vespignani.

Luego, invitado por el Presidente O' Farrell, tomó la palabra el Sr. Dr. Emilio Lamarca para hablar de Don Bosco y de sus obras. Yo no sé en verdad, si habrá resonado en otras reuniones un discurso tan elocuente, tan saturado de sublimes pensamientos, tan rico de hechos maravillosos, tan apto, en fin, para dar una justa idea de Don Bosco y de sus institutos. Su exposición, el tono de su voz, la unión de su palabra, la profunda convicción que manifestaba el orador de no poder expresar todo lo que sentía su corazón, electrizó a los oyentes. Espero que el notable discurso del Sr. Lamarca impreso, conservará aún, en parte a lo menos, el sabor que tenía al salir de los labios del insigne orador, y se verá que mis apreciaciones nada tienen de exagerado. Fueron oídos también con gusto los discursos de D. Vespignani y del Dr. Lenguas, antiguo alumno de Villa Colón, que empezó tributando un cordial homenaje a la memoria de Mons. Lasagna. La sesión se cerró con algunas oportunas palabras del Internuncio que impartió la bendición papal y rezó las plegarias de costumbre.

El día 20, el *Club Católico* llenóse nuevamente de bote en bote de Cooperadores siempre deseosos de oír hablar de Don Bosco y de sus obras. Habló primero el Dr. Pons, de la República del Uruguay, que trató de las escuelas de Religión, demostrando su necesidad especialmente en estos tiempos en que la escuela del gobierno es, o prescindente o abiertamente enemiga de la religión.

Le siguió en el uso de la palabra el Conde de Segovia, el cual trató con finura de arte de la educación del obrero, ponderando la inmensa ventaja que producirían los talleres animados por el espíritu de Don Bosco y no dejó de bajar a la práctica, diciendo lo que deben hacer los Cooperadores para ayudar eficazmente a los Salesianos en una obra tan fructuosa moral y materialmente. Luego habló el Sr. Bourdieu, Presidente del Consejo de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Su tema era: Los talleres de artes y oficios y las colonias agrícolas. Fué un trabajo doblemente interesante, por sus preciosas enseñanzas y por el estilo festivo y algo satírico que caracterizan al orador. Largo fué el discurso, con todo pareció muy breve debido al interés con que se oyó su lectura. Ud. al leerlo no dejará de experimentar los mismos sentimientos y bendecirá al Señor que se dignó hacernos encontrar un orador tan feliz. Es inútil decir que después de cada discurso fueron adoptadas las resoluciones propuestas. A todos parecían la legítima consecuencia del argumento discutido y eran aprobadas por unanimidad.

Después de la segunda solemne asamblea, tomó la palabra Mons. Soler Arzobispo de Montevideo, el cual, alegrándose de la manera con que procedía el Congreso, habló de la Obra de Don Bosco llamándola la más importante del siglo XIX y tributó a Don Bosco tales elogios, que jamás quizás salieron de la boca de un Arzobispo. Y se expresaba, con tanta persuasión y entusiasmo que comunicaba a todos los oyentes sus mismos sentimientos. No es la primera vez que aquel sabio Prelado se expresa con semejantes términos hablando de la Obra Salesiana: pero tal vez fué ésta la ocasión más solemne, las palabras más vibradas, el efecto más seguro.

El 21 de Noviembre los Cooperadores Salesianos electrizados ya por el discurso magistral de Mons. Cagliero en la Catedral, halláronse más numerosos y puntuales que nunca en la sala del Congreso, la cual resultó angosta para dar cabida a la concurrencia; en efecto muchos tuvieron que quedarse en los corredores e inmediaciones de la Asamblea, perdiendo a veces las palabras de los oradores. Sobre todo se deseaba oír la palabra mágica del cantor del *Tabaré*, el Dr. Zorrilla de San Martín, Director de "*El Bien*" diario católico de Montevideo. Tenía el encargo de hablar sobre las Misiones, y al entrar en la sala se disculpaba con S. S. Mons. Cagliero y conmigo por no haber tenido tiempo de estudiar su tema tan vasto. Pero los oyentes no aceptaron sus excusas; y en verdad él habló por tres cuartos de hora con tal copia de pensamientos, con tanta elegancia de lenguaje y especialmente con tanto celo y caridad para con el prójimo, que su discurso parecía el de un padre de la Iglesia, de un misionero celosísimo. En ciertos momentos hasta parecía que los oyentes suspendieran el respiro electrizados por la palabra fascinadora de este incomparable orador. ¡Cómo hizo brillar la figura de Don Bosco! ¡Qué hermosas palabras tuvo por S. S.ñas. Ilmas. Mons. Cagliero y Mons. Costamagna, los dos misioneros, ya puestos en evidencia por su dignidad episcopal, pero más aún por sus trabajos y sacrificios!

Le sucedió el Dr. Carrasco que habló de los inmigrantes y fué en verdad su abogado, exponiendo a la Asamblea sus necesidades, y lo que por ellos hicieron los Salesianos. Bastaría recordar el trabajo incesante de los Hijos de Don Bosco durante 25 años en la Iglesia de *Mater Misericordiae* y en la Parroquia de la *Boca*. Sus proyectos no

podrán tal vez realizarse todos; pero harán conocer cuánto sea injusta la creencia de quien dice que los Salesianos no pudieron hasta ahora ocuparse de los emigrantes.

El último discurso, sobre la prensa escolar, fué leído por el Doctor Francisco Durá. Demostró cuánto haya hecho Don Bosco al respecto en otras naciones, lo que se esfuercen para hacer en América sus hijos, y cómo los cooperadores pueden contribuir a la ejecución de sus buenos deseos. Don Cerruti habría gozado inmensamente al encontrar entre los profesores seculares, uno que conoce tan profundamente el espíritu de Don Bosco, en esta cuestión tan importante de los textos escolares, y en la necesidad de reeducar las ideas, corrompidas por un periodismo ateo y pornográfico.

Nuevamente corresponde la palabra a Monseñor Cagliero, quien rememorando hechos personales, hace remontar la historia tan interesante de las misiones al año 1852. Recuerda su curación milagrosa, la predicción hecha por Don Bosco, sobre su elevación al Episcopado, sobre su misión de evangelizar los Patagones: recuerda los primeros esfuerzos, los resultados obtenidos. A cada período su voz es sofocada por aplausos. No podía ser más feliz en sus ideas y en la manera de expresarlas.

Monseñor Costamagna, debía hablar también, y narró su ingreso en la Patagonia en compañía de Monseñor Espinosa, arzobispo de Buenos Aires, aquí presente. Dijo que debía atribuirse a María Auxiliadora todo el bien que se hizo en las misiones salesianas, entrelazando en su discurso el nombre de Don Bosco y de nuestra dulcísima Madre. Terminó atribuyendo también a Ella el feliz éxito del Congreso que se clausura en el día de la Presentación.

También el P. Albera tuvo que tomar la palabra, en nombre de Don Rua, que lo había enviado; agradeció cuanto hicieron los Sres. Cooperadores en favor de San Carlos, y de todas las numerosas Casas de América por el espléndido éxito del Congreso, del cual él se esperaba tanto bien. En efecto, él ayudará a los Sres. Cooperadores Salesianos a organizarse, a unirse siempre más estrechamente, a propagar la Asociación y animar a otros para venir en auxilio de las Obras Salesianas. Recomendó que recibieran siempre la carta de Don Rua a los Cooperadores como la palabra de orden, y que no extrañaran si tan solícitamente se les pedían socorros. Aquí también estallaron frágiles aplausos.

El Sr. Arzobispo concluyó con algunas palabras verdaderamente apostólicas. Dijo que él mismo había ido a recibir a los Salesianos, cuando arribaron al puerto de Buenos Aires; después habiendo recordado todo lo que se hizo y se está haciendo por ellos en la ciudad y en las Misiones, recordando los peligros encontrados para entrar en la Patagonia, animó a todos sus diocesanos a prestarles ayuda propagando la Asociación de los Cooperadores y dando limosnas para que puedan sostener sus obras de caridad, especialmente en pro de los niños. Cerró la Sesión impartiendo la bendición episcopal a todos los Congresales.

El 22 debía hacer una peregrinación al Santuario de Luján; pero por varios motivos fué trasladada al día 26. El Viernes se hizo una espléndida Academia músico-literaria. Tomaron parte en ella cinco bandas de música de los Colegios Salesianos, que al principio y al fin en concierto admirable tocaron la misma marcha. Estaban presentes muchísimos Directores y Hermanos, venidos de todas partes de América, de manera que parecíame estar en Turín en la ocasión de grandes fiestas o de Capítulos generales. Todos unidos con el vínculo de la caridad se alegraban mutuamente de la visible protección de María

SSma. Auxiliadora en favor del Congreso de los Cooperadores, que tuvo tantos puntos de contacto con el de Bolonia.

En ésta circunstancia he podido admirar la unión verdaderamente fraternal que reina entre los Salesianos de América y los de Europa. Se habló con entusiasmo de Don Bosco, de Don Rua y de María Auxiliadora. La llegada del Sr. Dogliani contribuyó mucho a unir más y más los corazones en la caridad de Jesucristo. ¡Sólo faltaba Don Rua! ¡cuánto lo sentí!

Hiciéronse varios diálogos sobre la Cooperación Salesiana, que fué explicada magistralmente a los oyentes. Se cantó la *Pasión* del abate Perosi con toda precisión y arte; siguió la *Batalla de Lepanto* de Mons. Cagliero, muy altamente aplaudida. La reunión fué honrada con la presencia de cuatro Obispos y de S. E. el Ministro de la Marina Argentina e intervinieron numerosísimos Cooperadores. El patio de los Artesanos, trocado en un espléndido salón con festones y banderas, estaba lleno de bote en bote, y en todos veíase dibujada la simpatía por las obras salesianas. Al fin de la Academia se pasó al patio de los estudiantes convertido en un inmenso refectorio. Allí estaban preparados unos mil doscientos cubiertos para los salesianos, las personas invitadas, los niños de San Carlos y de las demás Casas de América que habían intervenido al Congreso. De improviso armóse una tormenta que obligó a los niños a refugiarse debajo de los pórticos con los platos en las manos. Con todo, esto, no impidió la comida, que por otra parte volvióse muy romántica, a manera de comida campestre. S. S. Ilma. Mons. Terrero, Obispo electo de La Plata, dignóse sentarse a nuestra mesa y quedarse con nosotros hasta las nueve de la noche. A pesar de un repentino cambio atmosférico nadie sufrió el más pequeño inconveniente.

Debíase aún cumplir con una sagrada obligación, agradecer los infinitos beneficios que el Señor y María Sma. nos hicieron y especialmente por el felicísimo éxito del Congreso. Esta deuda de gratitud fué satisfecha el día 26 de Noviembre con una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Luján hacia la cual los Argentinos profesan una especialísima devoción. Además de unos mil niños de las varias Casas Salesianas de la ciudad, los acólitos de Bernal y de Las Piedras, y muchas devotas personas, salieron a las 5,30 de la estación del Once para Luján.

Celebró la Misa Mons. Cagliero para una parte de los peregrinos y Mons. Costamagna para la otra, siendo angosto aquel Templo para una tan grande afluencia de gente. A las 8,30 se cantó una *Ave María*, expresamente compuesta para aquella circunstancia por S. S. Ilma. Mons. Costamagna, el cual después predicó de la Virgen Sma. Un solemne *Te Deum* con la bendición con el Smo. Sacramento puso término a nuestras fiestas.

Parece que como recuerdo del solemne Congreso se han de abrir dos Casas Salesianas en el Barrio de Palermo, caído en las manos de los protestantes, que allí tienen abiertas muchas escuelas y varios templos. Es este un esfuerzo heroico que deben hacer los Salesianos de América, y con todo no se puede hacer de otro modo. Visitamos con Mons. Cagliero varios lugares donde se pueden abrir dos Oratorios Festivos para los niños. Se está buscando otro lugar para las niñas. Dios bendiga este buen deseo, y mande muchos obreros evangélicos en su viña!

Acabo este breve relato de un hecho que con sus detalles llenaría sendos volúmenes. Abrigo la confianza de que la pálida idea que dí del Segundo Congreso servirá para excitar más y más el aprecio de todos por la Pía Unión Salesiana, a la cual se glorían pertenecer

y puedan de esta manera animarse para unirse más íntimamente con el vínculo de la caridad, porque nuestra fortaleza está en la unión. ¡Ay del que se separa de este cuerpo; no sirve más para nada!

Me encomiendo a sus oraciones y pidiéndole su santa bendición me profeso de V. R.

Humo., Afmo. Hijo y S.

Sac. PABLO ALBERA.

Las Recomendaciones de D. Albera a los Cooperadores Salesianos

Después del relato tan exacto y completo del Rmo. Señor Don Albera respecto al Congreso, debemos recoger y hacer tesoro de las especiales *Recomendaciones*, que en nombre del Vble. Don Bosco y de Don Rua, él daba a todos los Cooperadores y Cooperadoras de la Rep. Argentina en 1900, cuando fué nuestro venerado Visitador.

Esos mismos *Recuerdos* y Recomendaciones nos los renovó en una última carta (que en nombre del Superior General nos dirige el Prefecto General Señor Don Felipe Rinaldi): son casi las mismas palabras del Discurso del Sr. Don Albera en aquel Congreso:

1º Los Cooperadores y Cooperadoras deben *organizarse* y *unirse* siempre más estrechamente, propagar la Asociación y animar a otros para venir en auxilio a las Obras Salesianas para la salvación de la juventud pobre, huérfana y desamparada.

2º Los Cooperadores deben conocer y practicar el *Programa-Reglamento* del Vble. Don Bosco y reunirse en *conferencias* mensualmente o al menos dos veces al año en las Fiestas de María Auxiliadora y de S. Francisco de Sales, para adquirir el espíritu del Fundador y realizar su Programa de acción.

3º Los Cooperadores deben recibir con especial interés la *Carta-Programa*, que, según costumbre del V. Don Bosco y Don Rua, también Don Albera les dirigió constantemente al principiar cada año, y que se publica anualmente en el *Boletín Salesiano*, órgano de los Cooperadores. — Esa *Carta* deben recibirla como la palabra de orden del Jefe general de los Salesianos y de sus Cooperadores.

Formulemos, pues, sobre la tumba venerada del Sucesor de Don Bosco y de Don Rua, el Señor Don Albera, nuestra sagrada promesa de cumplir fielmente sus santas y saludables Recomendaciones para Gloria de Dios y bien de la Religión y de la sociedad.

